

la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja, y silbidos y carreras de los pilluelos; advertido lo cual por el alcalde, temiendo un motín ó cosa parecida, aconsejó á todos, por honor de aquella Ciudad, antigua Colonia fenicia y romana, y posteriormente corte de no sé qué rey moro, que se trasladaran á la carrera de la Procesión (donde parecía más natural que estuviesen reunidas aquella tarde las personas decentes), y que allí esperasen con la debida compostura la llegada de su querido paisano Manuel Venegas,—quien no dejaría de alegrarse mucho de poder salir de su casa como un hombre serio y formal, y no entre aquella especie de rebullicio....

Penetráronse de estas razones los agitados grupos, y casi todos se disolvieron, ó, mejor dicho, se encaminaron en masa hacia la Parroquia de Santa María, cuyas alegres campanas anunciaban ya con su primer repique que apenas faltaba una hora para la Procesión....

Sigamos nosotros el turbión de la gente, y trasladémonos también á aquel apartado barrio, donde nos aguardan muchas personas conocidas.

II

LA PROCESION

Era una hermosísima y apacible tarde, en que la Primavera, vestida de andaluza, llenaba el cielo de esplendores y sonrisas, de cálidos besos el sosagado ambiente y de fragantes rosas los huertos y balcones de la Ciudad, el lustroso peinado de las doncellas y las manos de sus felices ó desgraciados amadores.

Todavía faltaba media hora para la salida de la Procesión, y la calle de Santa María de la Cabeza, (á cuyo extremo inferior se halla situado el Templo del mismo nombre), estaba ya hecha un patio del Cielo, una antesala de la Gloria, un verdadero Empíreo... tal y como los nietos de Adán y Eva nos imaginamos y solemos representar semejantes excelsitudes desde nuestro confinamiento terrestre....

Quiero decir con esto, que todas las ven-

tananas tenían grandes colgaduras de coco, de zaraza, de filipichin y hasta de damasco, en las cuáles era fácil reconocer las colchas de novios de muchas generaciones, mientras que el suelo de la prolongada calle y de toda la carrera que había de llevar la Procesión, veíase alfombrado de verde junco, de amarilla gayomba, de olorosos mastranzos y de otras campesinas hierbas....—Las campanas de Santa María repicaban gozosamente por segunda vez, anunciando que ya se acercaba el momento solemne... Cohetes voladores reventaban á docenas en los aires, como notificando á los demás planetas lo que ocurría en el nuestro.... y el tambor de la Milicia Nacional daba 'golpes' y redobles de "atención" y "llamada," que hacían subir de punto la general expectativa...

Todas las ventanas y azoteas, y aun los mismos oblicuos tejados, estaban llenos de gente, sobre todo, de mozas aderezadas y carilimpias, (muchas de ellas nada más que "cari"), habiéndose reservado los balcones para las señoras y señoritas del centro de la Ciudad, que ya ostentaban en ellos sendas mantillas ó tocas de Almagro, peinados á la france-

sa y demás distintivos de su elevada alcurnia.

En la calle no se podía echar un alfiler: tan atestada se veía de artesamos vestidos de "nuevo," de jornaleros vestidos de "limpio" y de caballeros vestidos de "moda." Hasta los regadores habían abandonado los campos y encontrábanse allí, apoyados en sus azadas, como dispuestos á volver á la interrumpida tarea en cuanto presenciaran el paseo triunfal del Niño Dios.—Algunos militares retirados, (entre los cuales descollaba nuestro Capitán), lucían su irreemplazado uniforme de la Guerra de la Independencia, y á fe que era grato verlos embutidos en sus casacas de altísimos cuellos, provistos de sudadero, que les rozaba la coronilla, con la ancha capona ó la larga charretera empinada sobre los hombros, con el inabarcable corbatín de ballena, impidiéndoles toda comunicación con el género humano, y con su morrión de carrileras y descomunal campana, que no habría podido soportar el propio Dios Marte!....—Por último: los bulliciosos chichelos y los circunspectos milicianos, (ó sea "los nacionales," que era como se llamaban allí en-

tonces), se apiñaban en el atrio y gradas de la Iglesia, para servir, aquéllos de vanguardia y éstos de escolta, á la venerada Efigie del Niño Jesús,—en tanto que el sol, enfilando de nuevo la calle al bajar á Pontente, daba á todas aquellas cosas divinas, humanas y pueriles, un carácter glorioso, triunfante, santo, que si distaba muchísimo de la beatitud eterna, diferenciábase también algo de las cotidianas luchas de esta vida.

La forastera, con traje negro, mantilla blanca y muchas joyas de escaso valor, ocupaba el balcón principal de una de las mejores casas de aquel barrio; balcón enorme, con balaustres de madera color de chocolate, que podía contener quince ó veinte personas.—Hallábanse pues, también allí, Don Trajano, su esposa y todos sus tertulios, excepto nuestro amigo Pepito, que se contoneaba en la calle, frente por frente de aquella casa, para que la madrileña lo viese navegar por el mundo como todo un hombre y admirar de lejos su frac de tijera, (refundición del único que había tenido su buen padre), su pantalón de color de avellana, su corbata celeste, su chaleco de mil flores y su colosal sombrero de copa....—El

pobre ingenio parecía un mico vestido de máscara!

A Don Trajano Mirabel le había dado aquella tarde por hablar de política, y traía mareado á otro señor de su edad, también moderado acérrimo, que solía formar parte de su tertulia; pero ni éste ni nadie tenían ya atención para otra cosa que para mirar á una hechicera mujer, también con mantilla blanca, que acababa de presentarse y tomar asiento en un balconcillo del entresuelo de la casa de enfrente.

—¡Es usted afortunada! (dijo Doña Tecla á la prima del Marqués.) ¡Toda la tarde vamos á estar viendo á la "Dolorosa"!—¡Allí la tiene usted... con una mantilla como la suya!...—¡Jesús María! Y ¡cómo la mira la gente!...¡Ni que ella fuera la Procesión!

En efecto: Soledad estaba allí; donde menos se la esperaba; en una casa humilde; en aquel peligroso balcón, tan cercano al piso de la calle... ¡casi confundida con la multitud, cuando habría podido disponer de todas las casas y de todos los balcones del barrio!

—¡Qué temeridad! ¡Qué imprudencia! (decían algunos.) ¡Elegir ese sitio, estan-

do en el pueblo el "Niño de la Bola!" ¡Sabiedo que viene tan irritado!...

—¡Qué falta de consideración! ¡Qué descoco! (añadían algunas). ¡Andar de fiestas, estando ausente su marido! ¡constándole que "el otro" piensa venir aquí!

¡Confesemos que es muy valiente! (reponían los más tolerantes). ¡Ella misma se lanza á la cabeza del toro!—¡Mirad qué cara tan serena y tan hermosa! ¡Mirad qué sonrisa tan altanera! ¡Mirad qué ojos! ¡Ninguna inquietud se lee en ellos!—Y, sin embargo, bueno andará su corazón!

—¡Esa! ¡esa es la "Dolorosa!" (exclamaba al mismo tiempo Don Trajano, dirigiéndose á la prima del Marqués): ¡Este golpe la retrata de cuerpo entero! ¡Sabe usted á qué viene aquí? ¡A desarmar á Manuel con su presencia! ¡á hacerle aparecer una paz vergonzosa para Antonio Arregui! ¡á jugar el todo por el todo!—Ya dije á usted anoche que Soledad ama... hasta cierto punto al intrépido Venegas! —Yo soy viejo y conozco el pecado.....

—¡Es usted atroz!—contestó agriamente la cortesana, cual si el jurisperito la hubiera sorprendido, recorriendo con la imaginación, por cuenta de Soledad,

aquel sendero pacífico, criminal y deleitoso.

Y luego añadió, quitándose los lentes:

—¡Pues, señor! declaro que esa mujer vale más de lo que yo me figuraba...— Aunque viste con mediano gusto y tiene una expresión hipócrita que dá miedo, es muy bonita, muy graciosa, y hasta muy interesante....

¡Que si lo era!...—Permitasenos describirla por última vez... Permitasenos decir á qué extremo de hermosura había llegado lo que conocimos inocente niña y púdica doncella, cuando la vemos ya convertida en mujer de veinticinco años esposa y madre.

Soledad no pertenecía á la raza de las estatuas griegas. Su belleza tenía más de gótica que de pagana, más de romántica que de clásica, más de las creaciones de Schiller y Walter-Scott, que de las de Homero y de Ovidio; más, en fin, de dama que de diosa.—Así y todo, su cuerpo era un primor de forma, cuyas suaves líneas vacilaban dulcemente entre la curva y el ángulo, dando mayor realce y gallardía á los femeniles contornos. Ni se admiraba sólo la forma en aquella ex-

quisita figura: la misma "materia," (cosa indiferente en la belleza gentilica), tenía en ella singular atractivo y hablaba por sí propia á la imaginación. Era, en resumen, una de esas mujeres finas y nerviosas (á quienes erróneamente se suele llamar "espirituales" ó "ideales.") cuyos encantos corpóreos no se limitan al dibujo, al "modelado" exterior, á la belleza plástica, como en las beldades olímpicas, sino que residen y se aprecian en la totalidad del ser físico, en su índole y naturaleza, en la calidad de la masa, en todo lo que de ellas puede ver el escultor y en todo lo que adivina el fisiólogo; mujeres verdaderamente "materiales" y "terrenas," mucho más "humanas" que esas macizas cariátides sin nervios en que parece que todo es arcilla: ¡elásticas serpientes, de piel dócil y suelta, de carnes precisas y delicadas, de huesos cálidos y endebles, de sangre rápida y fluida, que vienen y huelgan en el fuego, como se cuenta de las salamandras!

El rostro de la "Dolorosa" acrecía el profundo interés y la ardiente curiosidad que ya despertaba en el ánimo el aspecto general de su lánguida y voluptuosa contextura. Aquella palidez inalterable y

llena de vida; aquellos ojos amantes y altivos á un propio tiempo; aquellos labios sensuales y desdeñosos; aquel sentimentalismo del conjunto de sus facciones, tan incompatible con la materialidad de la vida que llevaba pacíficamente la casual esposa de un hombre vulgar ó cuando menos prosaico; todas estas contradicciones de su sér y de su existencia, expresadas vagamente por su semblante, hacían que Soledad cautivase la imaginación y el deseo, como todo lo misterioso, como todo lo inexplicable, como una esfinge, guardadora de trágicos y peregrinos secretos.

Dicho se está que casi ninguna de estas sublimidades pasaba por las mentes á aquellos semi-africanos que devoraban con la vista, á Soledad; mas no por ello se les obscurecía la sustancia de cuanto acabamos de exponer, ni envidiaban menos, en hipótesis, al feliz mortal que sacase de su forzosa, perdurable apatía, á la malograda heroína de amor;—lo cual equivale á decir que envidiaban en futuro contingente á nuestro amigo Manuel Venegas, presunto dueño de aquel corazón encarcelado.—Por lo que respecta á Luisa y al señor de Mirabel, estaban muy al tanto de todo, (á fuer de doctores

en materias de arte, vicio y sentimiento), y fueron aquella tarde mucho más allá que hoy mi tosca pluma en el análisis físico-poético-moral de la "Dolorosa."

De pronto, advirtiéndose en los grupos un gran movimiento, que muy luego se propagó á ventanas y balcones, como si ocurriese alguna extraordinaria novedad... —¿Qué motivaba aquel oleaje de la muchedumbre?—¿Iba á salir la Procesión? ¿Se había suspendido? ¿Acontecía alguna desgracia?

No: era que Manuel Venegas acababa de aparecer en lo alto de la prolongadísima calle de Santa María: era que avanzaba hacia la parte concurrida de ella, precedido de un escuadra de bullidores muchachos y escoltado á respetuosa distancia por media docena de valientes de segundo orden: era que llegaba el héroe del día.

Casi toda la gente se apartó de las inmediaciones de la Iglesia y fué extendiéndose calle arriba para gozar más pronto de la presencia del joven sin ventura,—el cual marchaba entretanto sosegadamente, sin mirar á nadie, con la cabeza un poco inclinada, y divirtiéndose al

parecer en agitar con el bastón las olorosas hierbas que alfombraban el suelo.

No podía decirse, sin embargo, que le fuera indiferente el público, cuando tanto se había acicalado y compuesto, en medio de sus penas, para presentarse dignamente á él.—Los moros son siempre vanidosos y artistas, y acuden á las batallas con sus mejores ropas y todo el posible boato, viendo tal vez una fiesta en el peligro...—La mencionada tarde, vestía Manuel como un novio, como un triunfador; no como un hombre que acaba de ser desarraigado de la vida y sólo espera ya marchitarse y morir...—Todo su traje era de rica seda negra sin brillo, con alamares del mismo color y muchos botones de plata mate; lucía un magnífico sombrero de jipijapa, de forma chamberga, al uso de ultramar: hermosos brillantes relumbraban en sus dedos y en la bordada pechera de su camisa, y pendía de su cuello una larga y muy gruesa cadena de oro, que iba á perderse debajo del ceñidor chinesco liado á su cintura, sirviendo indudablemente de sostén á un soberbio reloj, digno de tan fastuoso "indiano."

Con mayor evidencia hubiera podido asegurarse que nuestro joven (contra su antigua costumbre) llevaba consigo un arma, y que este arma era un puñal; pues, á muy poco que se observaba, veíase dibujarse su rígido bulto bajo la sarga de la chaqueta....—Por lo demás, si aquellos viajeros que veinticuatro horas antes lo saludaron en lo alto de la Sierra vecina, lo hubiesen visto en tal momento, habríanse espantado y hasta condlido del profundo cambio que se observaba en su noble rostro....—Una horrorosa contracción atirantaba todos sus músculos; despedían sus ojos una luz torva y rojiza, como los del león durante la cuartana, y la más lúgubre tristeza tendía su velo de muerte sobre aquellas varoniles facciones: ¡tristeza desesperada y terrible; no quejumbrosa y vehemente como la sed y el ansia de consuelo, sino fija, muda, petrificada, irremediable, muy más amenazadora en su serenidad que todos los arrebatos de la ira!

Las gentes de la calle no se atrevieron al principio más que á saludarlo á distancia, diciéndole un “adiós,” Manuel!”.... tan natural y corriente, como si no hubiesen pasado ocho años desde

la última vez que lo vieran;—á lo cual respondía el joven llevándose la mano al sombrero, sin pararse á ver quién lo saludaba...

Un poco más adelante, ya osaron algunos acercársele y detenerlo, alargándole la mano y preguntándole por la salud...—Eran, (decían) “antiguos amigos suyos... (y entre ellos reconoció á aquel matón á quien tuvo que romper el brazo derecho.)—Otros se denominaban sus discípulos”.... (¡cuando sabemos que nuestro héroe no había asistido á más escuela que al despacho de Don Trinidad Muley!)—Y hasta hubo alguien que se le presentó á título de “hermano de leche,” ignorando sin duda que el joven fué amantado por su propia madre.

Manuel contestaba á todos en las menos palabras posibles, y seguía su interrumpida marcha; pero rara vez dejaba un grupo, para entrar en otro, sin preguntar antes al oído de la persona que le inspiraba mayor confianza:

—Dígame usted....—¿Cuál es Antonio Arregui?”

—No está aquí....—No ha venido....—Dicen que se marchó ayer....—Se le aguardaba de un momento á otro....—

le habían respondido ya cuatro interrogados, con un aceleramiento y un temblor que denotaban complicidad mental con el pavoroso alcance de la pregunta.

A todo esto, penetraba ya nuestro protagonista en lo más concurrido de la calle, ó sea en el trozo de ella que había de recorrer la Procesión, (la cual se dirigiría luego por una calle transversal en busca de cierta antigua mezquita, á la sazón, "Ayuda de Parroquia," donde tendría término la fiesta)...

Las mujeres más presumidas echaban todo el cuerpo fuera del balcón para verlo pasar....—Pero él no había levantado la cabeza ni una sola vez....—Indudablemente no sabía, ni podía ocurrírsele, que Soledad hubiese ido á la procesión.... que estuviese á algunos pasos más allá.... ¡que pronto la vería, después de ocho años de ausencia, no separados ya sus corazones por las olas del Océano, sino por otro abismo más profundo!

El airado Venegas miró únicamente á la calle, á los hombres, buscando á aquel Antonio Arregui á quien no conocía, pero á quien juzgaba obligado á hacerle frente, á presentarse en aquella palestra, á concurrir al duelo solemne y público para

que había sido emplazado hacia ocho años antes en términos generales y colectivos, y cuya situación le fué notificada personalmente por todo el pueblo el día que se atrevió á casarse con la "Dolorosa."—Manuel iba allí como mantenedor de aquel desafío.... ¡Caso de honra era para el amenazado consorte acudir á la demanda, no ocultarse, no obligar al provocador á ir á buscarlo en su escondite!

Entiéndase bien que nada de esto lo decimos nosotros: el público y el propio Manuel eran los que discurrían así aquella tarde.—Por lo demás, todos seguían parando y saludando al intrépido joven, sin atreverse á tocar las heridas de su corazón, pero aventurándose ya á dirigirle preguntas asaz impertinentes....

—¿Con que vienes tan rico?—habíale (por ejemplo) interrogado alguno.

Manuel sonrió desdeñosamente y no se dignó contestar.

Entonces le habló de "usted" la misma persona, preguntándole:

—¿Y viene usted por mucho tiempo?

—No sé!—contestó el desgraciado, volviéndole la espalda.

Algunas personas graves y de posición, incurrieron también en la debilidad de

acercársele, á curiosear en su dolor, en su desesperación y hasta en su bolsillo...

—Es menester que nos ayudes á gobernar la población (dijole un concejal), y que para ello compres fincas que te den la cualidad de "elegible"... El Ayuntamiento necesita hombres como tú....

—¿Te atreverías en la cortijada del Morisco?—Cien mil duros piden por ella.

—Muchas gracias.... Veremos... respondió Manuel.

—¡Yo me comprometo á hacerlo alcalde!—exclamó otro regidor; el mismo, según noticias, que había ofrecido aquella "vara" á Antonio Arregui.

Manuel saludó con finura.

Pero antes.... (dijo un tercero, apuntándole ya al corazón) será preciso que te establezcas; que tomes estado; que elijas mujer....—Digo.... ¡porque supongo que no te has casado por esos mundos!...

Venegas lo miró de pies á cabeza (helándolo de terror), y le dijo melancólicamente:

—No sé quién es usted; pero te compadezco.

Y continuó bajando la calle.

A los pocos pasos vió el joven entre la multitud á nuestro amigo el Ca-

pitán, y acto continuo dirigióse hacia él (cosa que no había hecho con nadie), y le tendió respetuosamente la mano, mientras que con la otra se quitaba el sombrero.

El viejo agradeció mucho aquella significativa excepción, y sólo halló fuerzas para decirle con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Tienes buena memoria!

—Y buena voluntad....—le respondió Manuel afectuosísimamente, apretándole de nuevo la mano.

Y prosiguió su interrumpida marcha, muy cómplacido de aquel encuentro.

Pasó, en fin, por enfrente del balconcillo en que se hallaba Soledad; y, como si algún misterioso instinto ó fuerza superior lo determinara, paróse maquinalmente en aquel punto, eligiéndolo para ver desfilar la procesión.

El público lanzó un gran resoplido de contento... y de sobresalto.

Y muchas miradas se dirigieron á las bocacalles en demanda de Antonio Arregui, única persona que faltaba ya para que el drama fuese completo....

La forastera, debajo de cuyo balcón se había detenido el joven, seguía entre tanto el prolijo estudio que de su figura co-